

La folclórica Millán-Astray

CANTANDO BAJO LAS BALAS

Dramaturgia: Antonio Álamo. **Director:** Alvaro Lavín. **Intérprete:** Adolfo Fernández. **Música y espacio sonoro:** Mariano Marín. **Iluminación:** Roberto Cerdá. **Escenografía y vestuario:** José Ibarrola. **Sala:** Casa de la Cultura. **Fecha:** martes 3 junio. Lleno.

★★★★

RENÉ PALACIOS MORE

■ Esta obra trasciende al autor. No comparto las intenciones declaradas por Álamo en el programa de mano. Y hago mi propia lectura. Para mí, Millán-Astray se gradúa aquí de folclórica, con sumo acierto. El autor, experimentado en el manejo del musical con unas chicas gaditanas carnavalosas en obra anterior, insiste en el modelo y lo perfecciona. Pero se enamora tanto de su personaje y de las palabras de éste que la pieza se le alarga: le sobran unos 15 ó 20 minutos.

Astray canta. Hay un gran actor para saber hacerlo (se perdió por ahí en una escala, y algún agudo se le quedó corto). Me dijeron que este hombre trabajó mucho en televisión. No lo sé ni lo sabré: no veo



Adolfo Fernández, durante su actuación en 'Cantando bajo las balas'.

FERIA DE TEATRO EN EL SUR

MONÓLOGO

Astray coloca su gran vozarrón, camina como un demente y arrastra a la confusa y analfabeta masa de legionarios

eso. Sí, lo vi aquí, y puede ser premio al mejor actor en Palma. En su largo monólogo, Astray coloca su gran vozarrón (el de Adolfo Fernández), camina como un demente (lo fue en vida), arrastra a la confusa y analfabeta masa de sus legionarios (¡todavía existen!) que lo sigue, discute con muñecos de gomaespuma (¿autor quién?) genialmente realizados, se equivoca al romper la unidad del dis-

curso bajando al patio de butacas (una tontería innecesaria) y se instala en un retablo final, volcado al rojo dominante y al negro dominado que representa a la España que adivinó Ghelderode entre tantos otros. Un piano en escena (Mariano Marín) se da el gustazo de acompañarle.

No hay progresión en la escritura del personaje. Álamo se fija un estadio y allí inscribe y añade pauta tras pauta que, sumadas, arrojan a Astray sobre el público. Entre esas anotaciones incluye algunas pequeñas sutilezas homosexuales de semejante personajillo, reforzadas por oportunas marcaciones del director. Me recuerdan ellas una frase de *La merienda de los generales*, en la visión hetero del gran Boris Vian: "Algo tiene que tener Vd.

BUENA ESCENOGRAFÍA

Las luces juegan desde un amarillo de bombillas de posguerra hasta un blanco restallante en elevaciones de tono

de falencia sexual como para haber optado por ser militar."

De agradecer es la puesta: los muñecos llegan en vertical, siendo el vestuario de éstos muy Francis Bacon (¡maestro!); las luces juegan desde un amarillo de bombillas posguerra hasta un blanco restallante en algunas elevaciones de tono; la escenografía, de escasos elementos, es sin embargo abigarrada. Y lo notable es lo asombro-

so, por cuidado, del ajuste del sonido: los balazos que en vida fueron deshaciendo el cuerpo de ese engendro que se llamó Millán-Astray nos golpean de manera directa.

Todas las folclóricas en lo que tienen de despreciable (no en lo que tienen de sublime, que sí lo tienen, por supuesto) quedan encerradas en el uniforme que se pasea por escena. También la que supo cantar "¡Ya hemos pasao!" (¿Fue la Gámez?). Álamo nos recuerda que "cuando me morí", en palabras de Millán-Astray (enero 54), se dijo que sólo se enterraba la mitad de un hombre pues la otra ya reposaba en los campos de batalla. Ante estos batalladores, en el fondo todos de pacotilla de puro milicos, Vian suele comentar: "¡Qué pobreza!"